No recuerdo cuándo morí

Rodrigo Oswaldo Flores Cuevas

Estaba acostado sobre la arena, frente a mí estaba el mar. Traté de hacer memoria, pero no lograba recordar cómo llegué a aquella playa. Llevaba una cantidad indeterminada de tiempo intentando averiguar quién era, pocas cosas pude rescatar del olvido, solo recordé que nací en un país llamado México y que desde pequeño me ha interesado la difusa historia de mi patria.

Las olas se acercaban a mi cuerpo, su espuma tomaba formas incomprensibles que resonaban en lo más profundo de mi alma inquieta. Era un mar hermoso que me acompañaba mientras mis huesos yacían sobre arena caliente que brillaba gracias a pequeños cristales de colores; estaba solo, siempre me he sentido así. La espuma de las olas dibujaba sobre la arena los pocos recuerdos que aún tenía, pero empezaron a surgir nuevas formas que me llevaron directo a mi infancia.

Fui a una pequeña escuela cuando era niño, aún no recuerdo el nombre de ninguno de mis compañeros, sus voces se mezclan entre sí y reverberan dentro de mi cráneo, estaba más confundido que antes; para ser sincero, no recuerdo nada de mi educación básica. Pero, después de mucho buscar en mi mente, di con la imagen de un edificio gris de ventanas cuadradas, esa biblioteca tenía una sección exclusiva para almacenar libros de historia y después de terminar el primer par de tomos no pude detenerme, quería conocer más, cada

detalle y fecha en una línea del tiempo que se extendía como el infinito horizonte que separaba al mar del cielo.

Había muy pocas nubes pintadas en el cielo, eran como pinceladas suaves hechas con paciencia y virtud. En cambio, el mar espumoso tenía pinceladas apasionadas llenas de movimiento que deseaban volver a aquel cielo de donde habían caído. Las nubes me estaban dando pistas sobre mi pasado, querían ayudarme a recordar.

Después de seis días el mar volvió a estar en calma. Ya había recordado mi nombre, mis apellidos, mi ciudad natal, mi trabajo como historiador, y los libros que he escrito sobre el pasado. Yo no recuerdo cuándo morí, pero tengo la fortuna de tener dentro de mí todos los secretos de épocas pasadas.

En ese momento me di cuenta de que me encantaría poder viajar en el tiempo para conocer a los actores y actrices que nos dieron una época de oro en nuestro cine. Me hubiera gustado tener pláticas con los grandes novelistas e intelectuales que cambiaron mi forma de ver la realidad; el pasado era atractivo para mi alma.

No me entristecía estar muerto, lo encontraba extrañamente relajante. No tenía necesidad de nada, pero había algo en mi alma que no me permitía abandonar aquella playa, seguía pensando en el último libro que empecé a escribir y que tristemente nunca terminé. A pocos metros de mi cuerpo estaba la libreta de notas en donde solía escribir las ideas que quería plasmar en mi fabulosa novela histórica, y siendo yo muy entusiasta de la época colonial me dieron ganas de escribir sobre la relación tan única que tienen México y España. Todo un enigma que jamás pude resolver en vida, quería dar mi opinión acerca de aquello que une a ambas culturas en la actualidad, pero que empezó hace ya algunos siglos.

Estaba pensando en aquel misterio cuando escuché una dulce voz que provenía de las profundidades del mar. Brotó de entre las olas una hermosa mujer, aquella sirena tenía algo que la hacía muy especial, además de su canción angelical, aquella bella dama del mar tenía unos ojos profundos que miraban con inmensa curiosidad mi estado mortuorio;

seguramente yo era el primer esqueleto humano que ella había visto, y por eso se acercó. Empezó a hablar conmigo, me contó que vino de muy lejos porque necesitaba unas vacaciones en alguna playa mexicana, da la casualidad de que ella era una sirena española que sabía de memoria todas las canciones y poemas del mar mediterráneo; yo intenté responderle, pero como los muertos no hablan me resultó imposible. Ella prometió que volvería otro día cuando yo tuviera más ganas de hablar y yo se lo agradecí con el alma.

Pasaron varios días desde que la sirena llegó a mi mar, todas las noches cantaba para sí misma y yo tenía la fortuna de escucharla, se veía grandiosa bajo la luz de las estrellas que la coronaban cada que sacaba su cuerpo a la superficie. Gracias a ella descubrí que los muertos también podemos soñar. En una tranquila noche donde el viento arrastraba el dulce olor de cientos de flores, la sirena pronunció mi nombre, me puse de pie, me sacudí la arena de los huesos y avancé hasta las olas para nadar con ella. En mi sueño volví a ser un hombre vivo, y eso me dolió tanto que cuando desperté no pude evitar imaginar que el mar eran las lágrimas de todos los sueños que jamás se harán realidad.

Pasaban los días y yo sabía que tenía que llegar al mar antes de que la sirena se fuera para siempre. Intenté moverme con todas mis fuerzas, pero nada ocurrió. Seguí intentando, pero mi esperanza era borrada como las pisadas que alguna vez dejé sobre la arena que ahora me consumía.

Me di cuenta de lo aburrida y desesperante que es la muerte; la sirena tenía todas las respuestas en sus historias y en sus poemas, era por ella que recordaba cómo pensar en español. Sus canciones me habían devuelto las ganas de vivir, me llenaba de letras sinceras con su armoniosa voz que enloquecía a mi alma. Ese pensamiento me llevó de vuelta a la novela que nunca terminé, la que buscaba descifrar cómo inició la relación entre México y España. Fue cuando empezamos a compartir el mismo idioma y a jugar con él que nuestra relación empezó a dar sabrosos frutos, fue la poesía la que nos salvó de nuestro pasado.

Y esa siempre fue la respuesta, la enorme tradición literaria que conocía la sirena es lo que me hacía amarla, a pesar de la distancia podíamos jugar con el mismo idioma. Me preguntaba por qué no podía hablar realmente, si un muerto como yo puede sentir es porque alguna vez pudo expresar lo que sentía.

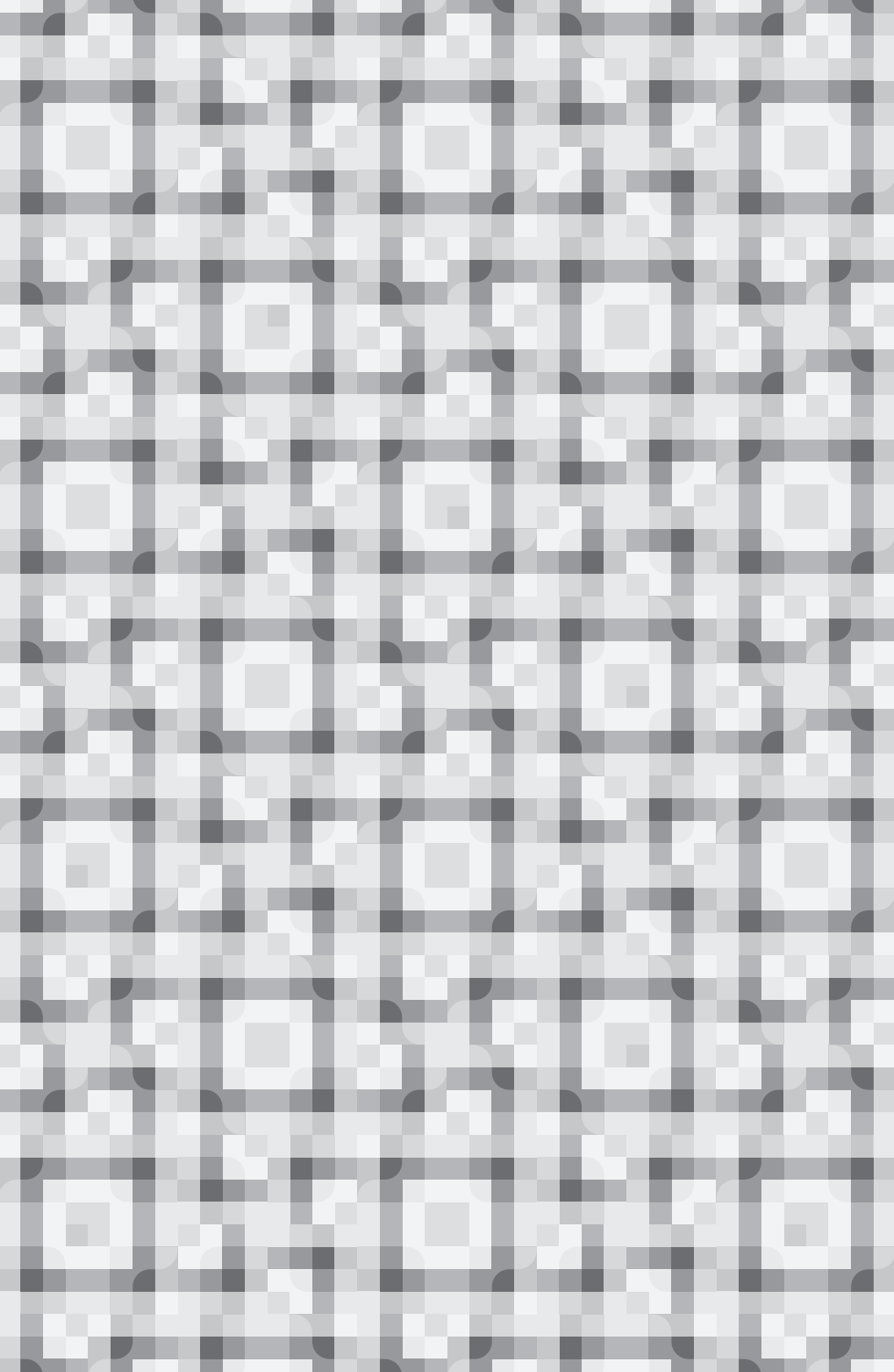
Fue entonces que recordé cómo morí. Era un hombre obsesionado con el trabajo, insatisfecho de por vida, existiendo solo para presumir que su nombre había estado en la portada de varios libros que nadie se animaba a leer. Existía en mí una fascinación por las artes, pero el mundo laboral tenía otros planes que quemaron el poco tiempo que solemos vivir los solitarios. Un día dejé de leer libros, nada pareció haber cambiado, pero no noté que ahí empecé a sentirme mal, poco después dejé de ver películas, ya no me interesaba ir al cine, ni tocar música ni salir a bailar. Me consumió la arena mucho antes de pisar la playa.

Un día de vacaciones llegué aquí, mi mente estaba nublada por todas las cosas que tenía pendientes en mi trabajo, el corazón me dolía como si se estuviera quemando. Me tiré bocarriba lo suficientemente cerca del mar y con la poca imaginación que me quedaba pude oír el canto de una hermosa sirena. Después dejé de moverme, me fui quedando tan quieto que cuando me di cuenta ya había muerto, solo era un esqueleto que soñó que algún día fue un hombre vivo.

Empecé a recitar con mi alma todo lo que yo sentía, canté sobre el azul del cielo y de cómo sus pinceladas me daban paz. Canté de la arena caliente, de sus pequeños cristales de colores y de cómo la espuma se retorcía para darle forma a mis pensamientos. Todo sobre la vida y sobre la muerte se encontraron en mi canción, las olas se movían de forma inusual, era porque yo las estaba llamando; quería que ellas me acercaran a mi amor.

Seguía improvisando versos y sentí que el mar estaba intentando componer poesía conmigo. A falta de voz propia, el mar se convertiría en mi voz y le daría un mensaje a aquella sirena tan hermosa que me devolvió las ganas de

vivir. Continuaba la sinfonía que traspasaba las barreras de lo humanamente comprensible hasta que sentí una sensación fría en mis huesos, agua salada estaba subiendo por mi cuerpo, me arrastraba al fin. La arena era desprendida por la fuerza del oleaje y poco a poco me sumergí en el mar, al flotar sentí que volaba, todo había terminado, lo había logrado.

La sinfonía del mar comenzó a sonar en los arrecifes que desbordaban sus colores sobre el suelo marino. Me sentía vivo otra vez, yo sabía que lo estaba. Cuando abrí los ojos vi a la sirena, ella había entendido mi mensaje, me tomó de la mano y avanzamos a través del agua salada, una vez que aprendí cómo nadar, recorrimos juntos todos los rincones del interminable océano.

FIN.